

Cada reacción, cada parpadeo, cada trago de cerveza, cada cosa que me saca de quicio, no es cosa mía. Soy la herencia, el alcohol, la educación, eso sí, eso no, muy bien hijo, muy mal hijo, sobresaliente, suspenso. Dibujo bien porque mi padre dibuja bien. Soy guapo porque mi madre es guapa. Pruebo mi propio semen cada vez que eyaculo.

Nací en 1977. Me crié en Carabanchel, en un piso pequeño con salón, dos dormitorios, cocina, baño, padre, madre, hermana, perro, tortuga y un pasillo interminable que atravesaba a oscuras por la noche para despertar a mi madre y pedirle un vaso de leche.

Mamá, leche.

Le tocaba el brazo y me tumbaba en el sofá.

Mamá, mamá.

Desde la ventana del salón se veía El Pirulí y si había fútbol oíamos los goles del Vicente Calderón. El alcalde de Madrid se llamaba Enrique Tierno Galván.

A veces me dolían las rodillas.

Los médicos decían que era del crecimiento, aunque al final un reumatólogo descubrió que tenía velocidad en la sangre. Mi película favorita era *Thriller* de Michael Jackson.

A veces me hacía pis en la cama.

A veces lloraba porque no quería ir al colegio.

En el colegio las mesas eran hexagonales y eran verdes y vestíamos uniforme. También lloraba porque no quería separarme de mi madre.

Mamá, mamá.

Mi madre decía que iba a una clase de mamás que estaba al lado para que dejase de llorar.

La profesora escribía en la pizarra dos filas de números con una rayita a la izquierda. David Mena me tocaba el hombro y decía que no había para tanto. Yo no entendía lo que significaba que no había para tanto. Tampoco entendía lo que la profesora escribía en la pizarra.

Mi madre me enrollaba en una manta cuando me hacía pis en la cama mientras cambiaba las sábanas.

Aprendí a moldear plastilina y a rezar el Padre Nuestro.

Me gustaba una chica que se sentaba en el último pupitre, se llamaba Coral Lostado Fuentes, era rubia y tenía mocos. Yo le levantaba la falda y la insultaba. Esa era mi forma de decir *te quiero*. El chico más guapo de clase se llamaba Juan Pablo Roig Miranda. En el recreo las chicas gritaban JUAN PABLO, SEGUNDO, TE QUIERE TODO EL MUNDO.

Padre nuestro que estás en el cielo.

Cuando el psiquiatra me pregunta qué me gustaría hacer en la vida, me quedo en blanco. O dónde me gustaría vivir. No lo sé.

Pienso en el mundo, pienso en el planeta, pienso en esa imagen de la NASA donde la tierra es azul y redondita. Un lugar perfecto que gira sobre su propio eje alrededor del sol y es algo achatado por los polos. En realidad no sé cómo es el mundo. Si debiera ceñirme a lo que he visto, diría que el mundo es pequeño y a veces llueve y huele a barro y diría que hay ríos y aviones y ciudades donde viven personas que hablan idiomas y

hay hospitales y carreteras y taxis y tiendas donde venden queso. Diría que mi cielo favorito tiene nubes grises y que hay gente que duerme en los cajeros automáticos y bebe vino en tetrabrik y tiene negra la planta de los pies.

En mi mundo no hay guerras. En mi mundo la enfermedad incurable afecta siempre a los demás. A la hermana de mi padre, al padre de mi madre, al amigo del amigo de un amigo.

Vivo en un lugar feliz.

Tengo trabajo y zapatillas cómodas. La gente hace películas para que yo las vea. La gente escribe libros, pinta cuadros, estudia medicina, construye casas con vistas al mar para mayor gloria de mí mismo.

Si estuviera solo en este mundo me moriría.

Cuando era pequeño, leía cómics de Mortadelo y Filemón para no pensar, rezaba antes de dormir, iba a misa los domingos, hablaba con mi madre.

¿Y si esto que tengo no se me quita nunca?

Mamá, mamá.

El psiquiatra dice que el cerebro es una máquina que está siempre intentando predecir el futuro mediante la detección de patrones reconocidos a partir de su experiencia. También dice que la remisión de una enfermedad mental requiere perseverancia en el tratamiento.

El cuerpo en constante alerta roja.

¿Cuánto va a durar mi vida?

Esto, ahora, aquí, el presente, la concatenación de pequeños cruces, los saludos, era joven, era un buen tipo, qué desgracia, qué desgracia.

El cuerpo suena, el cuerpo cruje, el cuerpo hace ruido y hace runrún y es ese runrún dentro del cuerpo lo que me preocupa. En cada mano, en cada pomo, en cada apagar la luz e irme a la cama, en cada boca, en cada cubo de basura, en cada perro que me lame.

Cualquier cosa es susceptible de pegarme unos hongos, una sífilis, un herpes genital.

El cuerpo humano tiene 37 000 000 000 000 de células distintas. Por cada célula de nuestro cuerpo hay 10 bacterias haciendo vete tú a saber qué.

Mi piel de color rojo, mi piel con puntos blancos, mi piel con descamaciones, mi piel con su runrún.

Escribo sobre lo que siento que es importante escribir, porque lo que siento es literatura, o es susceptible de convertirse en literatura, al pasarlo luego a ordenador.

Es necesario tener algunos platos que fregar, alguna mano que dar, un saludo al llegar a casa. Estar vivo para qué, estar vivo para quién. El estudio, la escritura, meterla y sacarla. El alimento para qué. Cuidar de la mascota para qué.

Mi cuerpo lo sabe antes que yo.

Me sale algo raro en la boca. Siento quemazón en la lengua. Me observo en el espejo del cuarto de baño y veo unas cosas blancas que no sabía que tenía.

Voy a urgencias. Me atiende un residente que me dice lo mismo que me habrían dicho en la farmacia. No es nada, ponte Pyralvex. Me pongo Pyralvex durante varios días, pero sigo igual. Me arde la lengua. Creo que esto me lo ha pegado una chica que conocí hace dos semanas. Le comí el coño.

El cuerpo se desmorona, se viene abajo. Empieza por la boca y termina no sé dónde.

Según el médico de cabecera tengo hongos en la mucosa bucal. Me receta un enjuague antifúngico, me pide un análisis de sangre para ver si tengo sida y dice que no me preocupe.

Juego a la PlayStation, procuro quedar con gente, me enjuago la boca tres veces al día, e intento no preocuparme.

El psiquiatra dice que no hay que preocuparse, que hay que ocuparse, que lo que me pasa es por estrés, por nervios, por el runrún de la cabeza que no me deja en paz, que tengo que escuchar al cuerpo, que un cuerpo triste duele, que la incertidumbre genera dolor y la certeza genera placer y que, por eso, el contacto seguro entre humanos es tan importante como el agua y la comida. También dice que cuando las relaciones no son seguras, el cuerpo genera una respuesta de amenaza conocida como *sentirse solo* y que eso duele.

Pero no estamos solos.

Los médicos nos cuidan, los policías nos protegen, los psiquiatras apagan el fuego. Gracias a Mark Zuckerberg puedo escribir buenos días y que 1457 amigos se den por saludados.

A 34 amigos les gusta esto.

Mi padre era inspector de policía en la Comisaría Centro de Madrid. Trabajaba dando órdenes, haciendo diligencias, tomando copas, diciendo cojones, joder macho, *ob capitán mi capitán*. Ahora está jubilado y vive en el pueblo con mi madre, mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos.

Mi madre iba al endocrino porque estaba mal de la glándula tiroides. También iba al psiquiatra porque tenía alucinaciones y veía a mi padre andando por casa aunque mi padre no estuviera en casa. Mi padre casi nunca estaba en casa. Mi padre estaba trabajando, estaba jugando al fútbol, estaba en el bar. Salía del trabajo y se iba al bar, terminaba de jugar al fútbol y se iba al bar, salía del bar y se iba al bar.

Mi padre me llevaba al bar algunas tardes. Pedía una tónica con ginebra para él (nunca decía *gintonic*) y para mí lo que quisiera.

Un batido de vainilla.

Lo que yo quería era irme a casa.

Lo que quería mi padre era que sus hijos estudiaran y sacaran buenas notas.

Un plato para comer, una silla en la que poder sentarse, un cubo al lado de la cama para vomitar.

La tónica era Schweppes y la ginebra Larios.

Pero no estamos solos.

No tengo que salir a cazar para comer carne, no tengo que andar un kilómetro para recoger agua del pozo, puedo volar de Madrid a Estocolmo a una velocidad de 900 km/h y asistir a la reunión, dormir en un hotel, alimentarme aquí, aquí y aquí. Me protejo del frío con nailon y poliéster *made in China* aunque no sé nada del nailon o el poliéster. Si me perdiera en medio del bosque solo sería capaz de gritar y seguir el curso del algún río. Tampoco sé nada de China. Nunca he estado en China. En la tele salen chinos con bata blanca y mascarillas, en los mapas veo una región de color rojo que dice que eso es China, a veces veo gente por la calle haciendo fotos y pienso que son chinos.